

LA ELIPSE

ABELLA

Este lunes José Antonio Abella recibió en el Casino de Madrid el primer premio de uno de los certámenes de relatos más veterano y prestigioso de nuestro país, la Hucha de Oro. El prestigio de este premio no tiene que ver con cuestiones extraliterarias sino con el jurado, que es sin duda el que marca la calidad literaria de un certamen, la auténtica prueba del nueve, el algodón que no engaña. Y en este concurso el jurado estaba formado por escritores de peso, como Luis Mateo Díez, José María Merino, Luis Landero y Manuel Longares. Casi nada. Gente que pertenece al equipo más hondo del mundo literario, que sabe de lo que habla cuando habla de literatura, escritores a los que le importa un bledo la parte mediática del asunto y que tiene muy claro que escribir es hacer un trabajo sobre el lenguaje, pero también tener algo que decir, algo que esté arraigado en el corazón de los hombres, y en su memoria. Y esa podría ser una buena definición de la obra literaria de Abella.

Cualquiera que haya leído 'Yuda', uno de los grandes libros de Abella, y probablemente uno de los cinco mejores que se han escrito sobre Segovia en el pasado siglo, puede comprobar que Abella es un escritor de raza y de una sensibilidad extrema hacia el lenguaje y hacia la memoria. Entiendo qué habrán encontrado escritores como Longares o Landero en la prosa de nuestro vecino segoviano, algo que no se encuentra en las redacciones al uso que muchas veces se hacen pasar por literatura, ni en los fue-

gos de artificio que otros necesitan para mostrar la complejidad del mundo: claridad, hondura, capacidad de sugerencia, y una profunda humanidad, que es algo complicadísimo de encontrar. Y un brillo especial, también, junto a cierta melancolía en esa mirada suya que está llena de verdad. A esto se une un férreo trabajo literario aparentemente invisible: se diría un tópico cuando se habla de un escritor que esculpe, pero su relato premiado, 'El fin de las palabras', parece cincelado, como si cada palabra o cada frase hubiera sido trabajada durante días, pulida y despojada de todo aquello que fuera innecesario.

Abella es uno de los grandes creadores y pensadores que no sólo habita entre nosotros sino que conoce como pocos el alma de Segovia, tanto de la ciudad como de sus habitantes, con sus brillos y sus oquedades. Lo ha demostrado en sus obras, y en ese cuaderno didáctico que es una excelente introducción a la historia y el aire de Segovia, 'Balcón de la mirada', que puede conseguirse en la Oficina de Turismo del Azoguejo. Desde su castillo encantado a los pies de otro castillo, el Alcázar, Abella lleva años tejiendo una obra muy sólida no sólo en el campo de la literatura, sino también en el de

la escultura. Suyo es, por ejemplo, ese pastor que nos da la bienvenida en la rotonda de la Nueva Segovia, cuando llegamos de Madrid, y que se ha convertido ya en un icono local (incluso se le ha convertido en personaje animado en una publicidad televisiva, circunstancia que indica que ha sido ya acogido como suyo por el imaginario colectivo).

Decir que Abella es una bellísima persona es algo que sin duda entra de lleno en la faceta personal, pero no debemos callarlo en unos momentos en los que la calidad personal cada vez se afirma más como lo único que nos queda y que nos puede salvar de todos los naufragios, de los personales y los colectivos, de los públicos y los privados. Y, no sé por qué, al evocar a Abella en estas páginas de EL NORTE no puedo por menos que recordarle junto a Jorge de Ortúzar, escritor, músico, conversador cálido y cordial, otro de esos pocos seres humanos capaces de pasar de un arte a otro con facilidad, como el propio Abella, y de convertir, inconscientemente, sin querer, su vida en una obrera de arte. Los que tuvimos la suerte de verlos juntos, compartiendo lecturas, ingenios y cariños con otros escritores, pintores y amigos, ahora sabemos que fuimos unos privilegiados. Tal vez no lo sabíamos entonces, pero recordáramos esos encuentros gozosos como alguno de los mejores y más ilusionantes momentos de nuestras vidas. De todo este gozo de la memoria habla también Abella. Ojalá todos podamos leer el cuento premiado. Enhorabuena, Abella.

J. A. GÓMEZ
MUNICIO

«Abella conoce como pocos el alma de Segovia, tanto de la ciudad como de sus habitantes»